

Coruscantes los ojos y la cola rastrera,
un jaguar convulsivo tras los troncos espera
replegando los nervios de la zarpa brillante;

y con súbito golpe, bajo el salto violento,
hace presa; y al trueno del rugido triunfante
corre sobre los montes hondo estremecimiento.

(De la Primera Parte).

9

Cantadora sencilla de una gran pesadumbre,
entre ocultos follajes, la paloma torcaz
acongoja las selvas con su blanda quejumbre
picoteando arrayanas y pepitas de agraz.

Arrurruúuu... canta viendo la primera vislumbre;
y después, por las tardes, al reflejo fugaz,
en la copa del guáimaro que domina la cumbre
ve llenarse las lomas de silencio y de paz.

Entreabiertas las alas que la luz tornasola,
se entristece, la pobre, de encontrarse tan sola;
y esponjando el plumaje como leve capuz,

al impulso materno de sus tiernas entrañas,
amorosa se pone a arrullar las montañas...
y se duermen los montes... Y se apaga la luz!

10

En la estrellada noche de vibración tranquila
descorre ante mis ojos sus velos el arcano,
y al giro de los orbes en el cenit lejano
ante mi absorto espíritu la eternidad desfila.

Avido de la pléyade que en el azul rutila,
sube con ala enorme mi Numen soberano,
y alta de ensueño, y libre del horizonte humano,
mi sien, como una torre, la inmensidad vigila.

Mas no se sacia el alma con la visión del cielo:
cuando en la paz sin límites al Cosmos interpelo,
lo que los astros callan mi corazón lo sabe;

y luego una recóndita nostalgia me consterna
al ver que ese infinito, que en mis pupilas cabe,
es insondable al vuelo de mi ambición eterna.

(De la Segunda Parte).



Elogio de Ricaurte

(De *El Diario Nacional*, Bogotá)

—Palabras de GUILLERMO VALENCIA al recibir el monumento que glorifica a RICAUURTE, inaugurado en Bogotá el jueves 7 de agosto, a las 3 de la tarde.—

Excelentísimo señor Presidente de la Junta del homenaje a Ricaurte, señoras, señores:

EL honorable Senado de la República me confió el encargo de recibir, a nombre del Congreso Nacional, este monumento alzado para glorificar al héroe de San Mateo; y si es de justicia recordar ahora a los patriotas que iniciaron labores con tal fin — de ellos sobreviviente uno tan solo para gloria de Colombia, y desaparecidos en hora infausta los demás — apremia publicar desde aquí un testimonio de reconocimiento, a nombre del país, al celo de la segunda junta que da cima a la obra, dejando cumplida así la voluntad del cuerpo soberano que asocia también, en su tributo congratulatorio, al artista español, creador del monumento, por él mismo plasmado con entusiasmo de patriota, con fervor de artífice y nobleza de hidalgo. Quede, pues, la grandiosa fábrica al amparo de la ciudad maternal, en memoria del acto único, y para veneración de todos.

El año de 1813 y comienzos del siguiente fueron una hora máxima por lo trascendental y gloriosa, para Nueva Granada y Venezuela, y en grado no menor acaso, para la obra total de la emancipación, por las fecundas proyecciones de aquellos días sobre la figura del Libertador y el éxito futuro de sus empresas.

Bolívar, el Genio de América, existía reconcentrado en sí propio, cercado por los cantiles de la conciencia de su dueño, semejante a un piélago que los hombres aún no han visto. Después del Señor, sólo el Genio sabía la profundidad de su simas; el polimorfismo de su vida interior; el ímpetu ascendente para amotinar olas y desencadenarlas al influjo de un ritmo proceloso y sabio; la hora para abrir los vórtices fatales y la de mullir el camino de gasas y de perlas. Oh, Santa Fe, que creíste sin ver, que admiraste antes que nadie la grandeza del mar, y adivinaste al Genio en esas horas aciagas en que alguien dijo: «El pueblo se opone a su propio bien; el soldado republicano es mirado con horror; no hay un hombre que no sea nuestro enemigo».

Esta patria acudió al llamamiento de Bolívar con un puñado de valientes que evocan a los trescientos en el desfiladero de la materna Hylas. Cundinamarca, Cartagena, Cúcuta, Mompós, Pamplona, Socorro, Tunja ofrendaron en valor floreciente: a Girardot, Concha, Guillén, Mantilla, Narváez, Ramírez Ribón y Vigil. Y Bogotá confió su honor y su esperanza a aquel soberbio coro de eupátridas que se llamaron para las edades, los Ricaurtes, Ortega, Vélez, Maza, los París y D'Elhuyart. Desde Cúcuta a Caracas la campaña fué rápida, precisa y esplendente como la marcha de un cometa que, si veló por un instante su cauda, de múrice triunfal tiñóla en Cúcuta, la Grita, Carache, Niquitao, Horcones, Taguanes, Mirador y Las Trincheras: que brilló con luz de siglos sobre la atormentada colina a la que dió Atanasio su propio nombre de inmortal, y se inflamó finalmente para la eternidad, entre la redentora fulguración de San Mateo.

Nombre evocador entre todos los nombres! ¡Cuarenta días de lucha sin reposo y cuarenta noches de insomnio vigilante; diluvio de sangre y de fuego en torno del arca débil en que navegaba la Esperanza. Fué el campo de cita para dos ideas y dos hombres: la tradición que reivindica, y la libertad que reclama: Boves y Bolívar. Era el instante en que la idealidad baja a la tierra y se hace carne y hueso. Representaba Boves un pasado; venía a cobrar, en nombre de tres siglos, la labor tesonera, la inexhausta magnanimidad de quien ofrendara sus joyas para descubrir y su sangre para vivificar, bajo el signo de un pendón que cantaba la unidad gloriosa tras de la Reconquista: un afortunado imperalismo de Oriente a Ocaso: los Códigos del Rey Sabio contrapesando el plato en que ponderosamente gravitaba Cervantes; el mapamundi engrandecido; la pontifical línea roja que partía dominios